

UNA CARACTERIZACIÓN NEGOCIADA: ENTRELAZAMIENTO DE CONCEPCIONES SOBRE LOS ESPECIALISTAS BURGUESES DURANTE LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA SOVIÉTICA

A NEGOTIATED CHARACTERIZATION: INTERLINKING CONCEPTIONS ABOUT THE BOURGEOIS SPECIALISTS DURING THE NEW SOVIET ECONOMIC POLICY

Martín Alejandro Duer

Universidad de Buenos Aires (UBA)

Centro de Estudios de los Mundos Eslavos y Chinos (CEMECH) - CONICET

martin_duer85@hotmail.com



Martín Alejandro Duer es Licenciado en Historia, docente en la materia Historia de Rusia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente está desempeñando sus estudios de Doctorado en el Centro de Estudios de los Mundos Eslavos y Chinos (CEMECH) como becario del CONICET. Ha participado en numerosos congresos y jornadas científicas, publicando igualmente en revistas especializadas trabajos relativos a las dinámicas de interacción entre el proletariado de los principales centros industriales de la Rusia soviética y las políticas programáticas bolcheviques durante la primera década del período post-revolucionario.



Resumen || Partiendo de los aportes analíticos tanto de la historia social como de la llamada corriente post-revisionista de la historiografía soviética, el presente trabajo aborda la cuestión de la controvertida figura de los llamados *especialistas burgueses* durante la primera década de la Rusia post-revolucionaria. Se procura con ello indagar un aspecto de la dinámica que asumió durante el período la interacción entre trabajadores fabriles y la dirigencia bolchevique. Se argumenta en este sentido que la conjugación, hacia finales de la década de 1920, entre expresiones de sentimientos “anti-especialistas”, “desde arriba” y “desde abajo” debe leerse como el resultado de una definición negociada acerca de los contornos generales de la naciente formación socio-económica soviética. Las distintas fracciones del proletariado fabril de los principales centros urbanos desplegaron una capacidad nada desdeñable al momento de fijar, desde sus propios ámbitos de trabajo, el sentido de dicha definición. Se sugiere, finalmente, que esta capacidad negociadora de las bases obreras frente a los diversos estratos dirigentes se funda en una poderosa cohesión local sobre la cual el partido debía intervenir trabajosamente a través de sus células fabriles, con el fin de lograr la movilización del trabajo en torno a los proyectos oficiales de incremento de la productividad laboral.

Palabras clave || Spetseyedstvo, Localismo fabril, Movilización del trabajo, Productividad industrial

Abstract || Considering the analytical contributions of both social history and the post-revisionist current of Soviet historiography, the present work addresses the question of the controversial figure of the so-called *bourgeois specialists* during the first decade of post-Revolutionary Russia. The aim is to investigate an aspect of the dynamics which the interaction between factory workers and the Bolshevik leadership assumed during the period. It is argued in this sense that the conjugation, towards the end of the 1920s, between expressions of “anti-specialist” feelings, “from above” and “from below” should be read as the result of a negotiated definition about the general contours of the nascent Soviet socio-economic formation. The different fractions of the factory proletariat in the main urban centers displayed a considerable capacity at the time of setting, from their own workplaces, the meaning of such a definition. Finally, it is suggested that this negotiating capacity of the workers’ bases vis-à-vis the various leading strata is based on a powerful local cohesion on which the party had to laboriously intervene through its factory cells, in order to achieve the mobilization of labor around official projects to increase labor productivity.

Keywords || Spetseyedstvo, Factory localism, Mobilization of labor, Industrial productivity



Introducción

Hacia la década de 1990, el declive de los paradigmas totalitario y revisionista que, durante décadas, signaron la impronta del campo historiográfico sobre la Unión Soviética en torno a los términos dicotómicos de una “historia desde arriba” frente a una “historia desde abajo”, se vio contrabalanceado por la progresiva consolidación de la denominada perspectiva post-revisionista. Bajo el prisma de esta última, se objetó la unilateral preponderancia del factor político, o bien del social, en la configuración de la fisonomía de la formación soviética, postulando la posibilidad de atender a un diálogo entre ambos polos a partir de la mediación operada por la esfera cultural. El nuevo prisma teórico-metodológico allanó el camino a las indagaciones en torno a las específicas modalidades populares de adaptación, asimilación y redefinición de los patrones político-culturales en función de los cuales la dirigencia estatal y partidaria procuró modelar a la ciudadanía soviética. El historiador estadounidense Stephen Kotkin (1995) fue pionero en este terreno. En su influyente estudio sobre la ciudad soviética de Magnitogorsk, Kotkin puso de relieve de qué forma los trabajadores aprendieron a *jugar el juego* dictado por las normas y valores sobre los que se conformaba la identidad social —el *hablar bolchevique*—, con el fin de participar de los beneficios y evitar los castigos propios del campo en el cual debían desenvolverse. Los trabajadores, pues, se habrían integrado en un juego que, si bien quedaba definido de acuerdo con los cánones promovidos por el partido, les ofrecía igualmente la posibilidad de adaptar los valores oficiales de modo que ello sirviera a sus propósitos particulares.

No obstante, esta línea argumentativa —omnipresente en la corriente post-revisionista—,

puede ser matizada. Ello en la medida en que se postule una aproximación analítica capaz de ilustrar una modalidad de interrelación entre trabajadores y dirigencia partidaria-estatal en virtud de la cual la modelación de los contornos del escenario post-revolucionario no resulte únicamente de la iniciativa de esta última, sino que tenga igualmente al movimiento obrero como coautor. De este modo, los trabajadores industriales, aun cuando tan sólo fuera indirectamente, no quedarían excluidos de la “fijación de los términos de su relación con el régimen” (Kotkin, 1995: 224-225), sino que, por el contrario, intervendrían, a través de sus acciones y omisiones desde el taller de producción, en la propia definición de los parámetros socio-culturales soviéticos.

La conflictiva vinculación que el gobierno bolchevique sostuvo con el personal administrativo y técnico formado durante el período prerrevolucionario —esto es, los *especialistas burgueses*—, arroja luz sobre esta dinámica. En efecto, la progresiva transformación que se observa durante el período de la Nueva Política Económica (NEP) en la percepción relativa a los especialistas advierte sobre la existencia de una pugna subterránea entre estratos sociales funcional y políticamente diferenciados. Hacia 1928, había cristalizado una concepción de acuerdo con la cual los viejos *spetsy* eran señalados como agentes que gozaban de una privilegiada integración en la maquinaria estatal, contrastando con —y en detrimento de— las aspiraciones socialistas en las que se había fundado la revolución. Asimismo, debido a sus supuestas alianzas con la burguesía expropiada, se los proyectaba como propensos al *sabotaje contrarrevolucionario*. Se desprendía de esta perspectiva la imperiosa necesidad de reemplazar a estos elementos por una nueva camada de especialistas *proletarios*, leales a la causa de la edificación socialista. Si bien la percepción del



peligro contrarrevolucionario de estos elementos puede atribuirse a ciertas fracciones de la dirección partidaria, la denuncia de la situación privilegiada de los especialistas, así como el llamamiento al reemplazo de este personal por una nueva cohorte surgida de las propias filas obreras remiten a conflictividades características del ámbito fabril. La confluencia de estos factores en una misma definición del especialista burgués puede leerse pues como un caso de coautoría de valores soviéticos en el escenario post-revolucionario.

Este planteo abreva en los aportes de cierta rama de la historia del trabajo en la naciente Unión Soviética que indagó el rol y el posicionamiento de la clase obrera urbana en el seno de la formación social resultante de la Revolución de Octubre. Resulta en este sentido particularmente relevante la propuesta de Kenneth Straus (1997) acerca de una "relativa autonomía" del proletariado soviético, en virtud de la cual este último habría logrado una "integración paralela" en el régimen. Straus distingue esta modalidad de inserción de las señaladas por las aproximaciones teóricas que han remarcado la definición de los intereses de clase de los trabajadores en oposición a los valores oficiales —"integración negativa"—, o bien de aquellas que lo hicieron resaltando la concordancia de las bases con estos valores —"integración positiva"—. Desde la óptica de Straus, en cambio, el carácter paralelo de la integración social remite al hecho de que "el régimen debió comenzar a tomar en cuenta las perspectivas de la clase obrera y modificar su ideología y sus políticas con el fin de realizar al menos una parte de sus objetivos" (Strauss, 1997: 7). Por su parte, Diane Koenker (1996) advirtió una dinámica semejante en su análisis sobre la forma negociada que asumió la definición de los valores que debían observar los directores *rojos* en la industria a comienzos de la NEP, en la medida en que en dicha definición se identifican

voces procedentes tanto del discurso partidario oficial como de las percepciones de su militancia comunista de base. Finalmente, este poder de negociación de la población obrera remite a una capacidad de resistencia que se halla enlazada con otra área problemática abordada por la historiografía. Se trata de la cuestión del localismo fabril —*tsekhovshchina*—, en función del cual los trabajadores actuaban con una poderosa cohesión interna en defensa de sus intereses económicos, bloqueando —o, al menos obstaculizando— toda iniciativa tendiente a intensificar el grado de explotación en el taller. Esta modalidad de integración y organización del proletariado industrial, tempranamente señalada por William Rosenberg (1978), se vincula igualmente con la problemática relativa a las relaciones entre los incipientes colectivos obreros de las fábricas con la intelectualidad revolucionaria. Los rasgos conflictivos de la interacción entre *intelligenty* y militantes de extracción obrera han sido objeto de indagación de una vasta producción bibliográfica (Wildman, 1967; Bonnell, 1983a; 1983b; Fitzpatrick, 1988; Zelnik, 1998; Steinberg, 2002; Allen, 2015). Estos autores han remarcado la necesidad de atender a divergencias de largo alcance, presentes al interior de las filas socialdemócratas en la Rusia de fines del siglo XIX y comienzos del XX, suscitadas respecto de las tareas, objetivos y aspiraciones del movimiento revolucionario.

Teniendo como trasfondo teórico esta multiplicidad de aportes historiográficos, nos proponemos analizar la dinámica de negociación que se desarrolló entre dirigencia soviética-partidaria y bases obreras en torno a la caracterización de los especialistas burgueses. Para ello, confrontaremos la originaria concepción programática que sobre la cuestión había planteado el partido, con la que acabó imponiéndose hacia fines de la NEP.



1. La transición hacia el socialismo y la dirección política del proletariado sobre los especialistas burgueses

La concepción que respecto de los especialistas burgueses cristalizó hacia las postrimerías de la NEP guardaba una distancia significativa respecto de las originarias perspectivas programáticas del partido en torno a las tareas de dirección política de los obreros sobre este personal técnico. Los lineamientos en torno a los cuales Lenin logró un consenso mayoritario entre las filas del partido bolchevique aun antes de octubre de 1917 contemplaban la consecución de un “capitalismo monopolista de Estado” como el preludio material inexorable para el encauzamiento de la Revolución rusa hacia el socialismo. Ello implicaba una potenciación del proceso —motorizado por la reorganización económica que la Gran Guerra impuso tanto en Occidente como en la propia Rusia—, de comando estatal de la economía sobre una producción industrial crecientemente socializada. Implicaba, igualmente, una asimilación por parte de la proclamada nueva clase dominante del naciente poder soviético, de la modalidad de organización del proceso de trabajo propia de esta nueva fase de desarrollo del capital. Consecuentemente, las atribuciones y alcances del control obrero que emergió en el ámbito fabril de los grandes centros industriales a lo largo de 1917 debían redefinirse. Los funcionarios técnicos que hasta entonces habían ofrecido su conocimiento especializado al servicio de la burguesía, debían ser persuadidos de consagrarlo ahora al proceso de edificación socialista. En esta tarea residía el fundamento de la dirección política que las organizaciones obreras debían ejercer sobre los especialistas burgueses.

Así, toda pretensión de autogestión industrial

por parte de los comités de fábrica que no contara con la labor de los especialistas quedaba descartada. Por el contrario, desde la perspectiva de Lenin, la tarea del momento consistía en promover todas las medidas conducentes a la manifestación de los *talentos organizadores* entre las masas populares, esto es, de los cuadros capaces de ejercer un control efectivo del trabajo de las *personas instruidas*. La *competencia* podía actuar, en este sentido, como un potente catalizador. Lenin se expresó en detalle sobre la cuestión en diciembre de 1917, argumentando que, en contraste con el aplastamiento al que la condenaba el capitalismo monopolista, la competencia podía recobrar su vitalidad bajo un gobierno socialista, fomentando las capacidades de organización e innovación entre los trabajadores (Lenin, 1958: 387). Estos debían perder su “timidez”, asumir su función como miembros de la nueva clase dominante y forjar, en el plano de la competencia, los mecanismos más eficientes de organización sobre la contabilidad y control de la cantidad de trabajo, de la producción y distribución de bienes. A su vez, debían idear mecanismos de dirección, diferenciando entre “el consejo necesario del hombre instruido y el control necesario del ‘simple’ obrero y campesino sobre la frecuentísima *incuria* de las personas ‘instruidas’” (Lenin, 1958: 387). En otras palabras, la dirección debía ejercerse de tal modo que permitiera la efectiva realización práctica del conocimiento de los especialistas en función de las exigencias impuestas por la transición hacia el socialismo:

No es posible prescindir de los consejos, de las directivas de las personas instruidas, de los intelectuales, de los especialistas [...] Los intelectuales dan con frecuencia admirables consejos y directivas, pero se revelan en un grado ridículo [...] “inútiles”, incapaces de *aplicar* esos consejos y directivas, incapaces de ejercer un *control práctico*, para que



la palabra se transforme en acción. Y en esto es donde no hay ninguna posibilidad de prescindir de la ayuda y del *papel dirigente* de los organizadores prácticos salidos del “pueblo”, obreros y campesinos trabajadores. (Lenin, 1958: 393)

No obstante, los deficientes resultados obtenidos en el plano de la productividad del trabajo industrial condujeron al líder bolchevique a advertir, hacia comienzos de 1918, que, debido a la guerra y al “atraso” de Rusia, el proletariado no había sido capaz de desarrollar rápidamente un efectivo mecanismo de registro y control de la producción en un plano global. Ello lo incapacitaba para controlar por su cuenta, “desde abajo”, el experimentado conocimiento de los especialistas en ciencia y técnica, sin el cual, por otra parte, “es imposible la transición al socialismo” (Lenin, 1960a: 244). Consecuentemente, la relativa inmadurez de la clase obrera rusa habría condicionado al Estado en esta fase inicial a recurrir al “viejo método burgués” de contratación de los especialistas a cambio de una elevada remuneración. De acuerdo con la visión de Lenin, la clase obrera debía aceptar por el momento esta onerosa relación contractual con la intelectualidad burguesa a través del Estado, debido a que ella aún no contaba con la formación requerida para someter por iniciativa propia a estos especialistas a su control consciente. Se habría tratado, no obstante, de una medida que eventualmente demostraría su carácter beneficioso ante un proletariado políticamente dominante:

Cabe preguntar: ¿puede considerarse excesivo o imposible para la República Soviética el gasto de cincuenta o cien millones de rublos al año para la reorganización del trabajo del pueblo según la última palabra de la ciencia y de la técnica? Evidentemente, no. La aplastante mayoría de los obreros y campesinos concientes aprobará este

gasto; aleccionados por la práctica, saben que nuestro atraso nos hace perder miles de millones de rublos y que no hemos alcanzado aún el grado suficiente de organización, contabilidad y control en nuestro trabajo para lograr la participación general y voluntaria de las “estrellas” de la intelectualidad burguesa [...] Cuanto antes aprendamos nosotros mismos, los obreros y campesinos, a tener una disciplina mejor y una técnica de trabajo más elevada, aprovechando para este aprendizaje a los especialistas burgueses, tanto más rápidamente nos libramos de todo “tributo” a estos especialistas. (Lenin, 1958: 246-247)

La instrumentalización del conocimiento especializado de la *intelectualidad burguesa*, ya surgiera de una iniciativa proveniente del *talento organizador* de las masas populares, o bien, de la onerosa contratación por parte del Estado, se postulaba como una condición insoslayable para el éxito de la edificación socialista. El predominio de esta última variante, junto con la consiguiente consolidación de este personal técnico en la dirección de las principales instancias estatales e industriales (Orlovsky, 1989; Douds, 2018; Barber y Davies, 1994; Brovkin, 1998; Pirani, 2006), reforzó aquella preocupación leniniana acerca del “atraso” ruso como factor subyacente a la incapacidad del proletariado por lograr la “participación general y voluntaria” de los especialistas. Efectivamente, a comienzos de 1922, señaló que esta “deformación burocrática” del Estado se debía, entre otros factores, a “la falta de desarrollo político y al atraso cultural de las masas trabajadoras” (Lenin, 1960b: 168-169). Por otra parte, existía para Lenin el peligro de que la reorganización derivada de la NEP potenciara los efectos ruinosos de este “atraso cultural” del proletariado, fundamentalmente en el plano industrial:



Las empresas socializadas del Estado se reorganizan sobre la base de la denominada rentabilidad económica, es decir, del principio comercial, lo que en medio del atraso cultural y del agotamiento del país hará surgir, en mayor o menor grado pero de modo inevitable, en la conciencia de las masas, la contraposición entre la administración de determinadas empresas y los obreros que trabajan en ellas. (Lenin, 1958: 167-168)

Las pruebas de este vaticinio ya estaban a la vista. Lenin reveló que se habían reportado casos de asesinato de ingenieros a manos de obreros mineros en los Urales y el Donbass, así como el suicidio del ingeniero jefe del servicio de provisión de agua de Moscú, “debido a las condiciones intolerables de trabajo que le había creado la conducta incompetente e inadmisibles de los miembros de la célula comunista, como asimismo de los organismos del poder soviético” (Lenin, 1958: 176-177). Pero era precisamente la consecución de una efectiva dirección política del proletariado sobre los especialistas burgueses la tarea fundamental que imponía la transición hacia el socialismo:

Si no logramos que todas nuestras instituciones dirigentes, es decir, tanto el Partido Comunista como el poder soviético y los sindicatos, cuiden como las niñas de sus ojos a cada uno de los especialistas que trabajan a conciencia, con conocimiento y amor por su trabajo, aunque sean ajenos por completo al comunismo en el aspecto ideológico, no se podrá hablar de éxitos serios de ningún tipo en la construcción socialista [...] debemos lograr a toda costa que los especialistas, como capa social que tiene características particulares y que continuará manteniéndolas mientras no se alcance el grado superior de desarrollo de la sociedad comunista, vivan mejor bajo el socialismo que bajo

el capitalismo [...] que su trabajo les proporcione satisfacciones y que tengan conciencia de la utilidad social de éste, sin ligarlo a los intereses egoístas de la clase capitalista. (Lenin, 1958: 176-177)

En consecuencia, la tarea de los sindicatos respecto de los especialistas debía consistir en “ejercer influencia cotidiana sobre las más amplias masas de trabajadores para crear relaciones mutuas justas entre éstos y los especialistas” (Lenin, 1958: 177-178).

La necesidad de superar el “atraso cultural” de los obreros y de la masa de la población en general constituyó una preocupación constante de Lenin como gobernante, intensificándose en sus escritos finales. Afirmaba en uno de estos que, luego de la conquista del poder político, el centro de gravedad de las tareas del partido se desplazó necesariamente “hacia la organización pacífica del trabajo ‘cultural’” (Lenin, 1960c: 436). Desde la óptica partidaria, esta preocupación por superar el atraso “asiático” se impuso como una cuestión central hacia la segunda mitad de la década de 1920 entre la variedad de problemáticas a la que debió atender la dirigencia bolchevique en su proyecto de industrialización socialista. Ello se refleja particularmente en los debates intrapartidarios relativos al desarrollo económico soviético por encima de los niveles de preguerra y a la correspondiente exigencia de contar con la activa participación obrera en esta empresa.

2. Privilegios y diferenciación luego de la revolución: el *spetseydstvo*

En un pleno del Comité Central que tuvo lugar del 6 al 9 de abril de 1926, se discutieron mecanismos de racionalización económica que permitieran obtener los fondos conducentes a sentar las bases



de la industrialización. Los alcances del nuevo régimen de austeridad, no obstante, no estuvieron exentos de controversias. Una de ellas remitía a la necesidad de mantener los gastos conducentes a la elevación del nivel cultural de las masas. Fue Alexei Rykov quien, en este sentido, argumentó contra los "industrializadores" que la economización prevista no podía extenderse sobre los "gastos improductivos", ya que ello implicaría en la práctica un recorte en educación y salud. Si la racionalización se efectuaba a costa de estas áreas, la mentada industrialización redundaría en un incremento de la masa proletaria analfabeta, ignorante e inculta (RTsJIDNI., F. 17. Op. 2. D. 220. L. 119-122).

El éxito del nuevo régimen, asimismo, presuponía una participación armónica de las bases obreras, la gerencia empresarial y los especialistas en el esfuerzo economizador. Así, el partido organizó conferencias en las que se explicaba a capataces, ingenieros y técnicos la nueva línea, de modo de incorporarlos, junto con los trabajadores, a las tareas de organización de la economía y de implementación de la austeridad (RGASPI., F. 17. Op. 163 D. 690). Sin embargo, pocos meses después de su implementación, comenzaron a constatarse ciertas deficiencias. Se observó, entre otras cuestiones, una serie de situaciones que afectaban específicamente a la población obrera. Así, junto con la constatación de demoras en el pago de los salarios se evidenció que el régimen de ahorro se aplicaba en primer término a la reducción de gastos menores relacionados con la vida cotidiana de los trabajadores. Desde la óptica partidaria, este cuadro revelaba la fortaleza del elemento "burocrático" dentro de los organismos soviéticos, con el consiguiente alejamiento de las masas respecto de estas instancias gubernamentales (RGASPI., F. 17, Op. 3, D. 578, L. 4-5). La fracción dirigente del partido seguía atentamente el ánimo de

los obreros en relación con esta situación. El 20 de junio de 1926, Nikolai Uglanov, por entonces primer secretario del partido en Moscú, escribió una carta a Stalin informándole sobre el malestar generalizado luego de que el comité partidario de la ciudad descubriera que muchos directores de empresas estaban implementando el régimen de austeridad a expensas de las condiciones de vida de los obreros (RGASPI., F. 558, Op. 11, D. 819, L. 13-20).

Este malestar, que no hizo más que intensificarse durante los meses siguientes, se alimentaba fundamentalmente de tres fuentes entrelazadas. En primer lugar, la percepción de que la mentada colaboración conjunta de los diversos estratos de la producción en el nuevo régimen no era más que una modalidad, apenas velada, de intensificar la tasa de explotación del trabajo: "el régimen de ahorro", decían los obreros, "no es más que una reducción de salarios [...] la administración [...] se esfuerza por ahorrar a costa de la fuerza muscular de los trabajadores, sin intentar reducir los gastos generales" (CA FSB RF F. 2, Op. 4, D. 439, L. 223).

Del mismo modo, señalaban que "el régimen de economía requiere fuerzas sobrehumanas [...] donde se necesitan 4 trabajadores, 2-3 se ven obligados a trabajar" (CA FSB RF F. 2, Op. 4, D. 439, L. 223). En segundo lugar, presionaba negativamente sobre los ánimos el contraste entre esta pauperización obrera y los privilegios cada vez mayores de especialistas, directores y técnicos procedentes de la clase a la que, supuestamente, la revolución había expropiado política y económicamente. El ahorro, advertían en este sentido los trabajadores, no alcanzaba a la gerencia industrial ni al personal de cuello blanco: "el eslogan del ahorro no tocó a la administración, que vive aún mejor que antes de la guerra" (CA FSB RF F. 2, Op. 4, D. 439, L. 223).



En la planta de Krasny Khimik, en Leningrado, los trabajadores se quejaban porque, mientras la administración había ahorrado 3 rublos y 50 kopecs en el lavado de toallas, reintrodujo el servicio de guardia de los ingenieros, suprimido anteriormente por su inutilidad, que implicaba un gasto mensual de 500 a 700 rublos. Finalmente, el rechazo se fundaba en el hecho de que los representantes de las bases obreras eran excluidos de toda instancia decisoria, quedando en manos de los estratos gerenciales y administrativos el diseño y aplicación de toda medida de economía y de organización productiva (Hatch, 1992).

El escenario de descontento alentaba cierta proclividad entre los trabajadores a abandonar los organismos del poder que, desde su óptica, los oprimía. Así, entre los trabajadores de la Casa de Moneda de Leningrado se planteaba que “es necesario que los trabajadores introduzcan un régimen de economía retirándose de todas las organizaciones públicas” (CA FSB RF F. 2, Op. 4, D. 439, L. 223). Del mismo modo, en la planta de Krasny Aksai, situada al norte del Cáucaso, los obreros de uno de los talleres, después de una reducción de su tasa salarial, rompieron sus cartillas de afiliación a todas las sociedades voluntarias. Por otra parte, se acrecentaban las denuncias que ponían de relieve la distancia social —aún— existente entre los obreros de base y los especialistas. El comité partidario de Leningrado informaba en marzo de 1926 que, entre las razones de descontento de los trabajadores, se habían registrado expresiones en torno al gran porcentaje de empleados de cuello blanco, así como el trato grosero al que los sometían los miembros del personal administrativo y técnico (TsGAIPD SPb. F. 9, Op. 1, D. 1482, L. 3).

Este clima generalizado reforzaba los recelos surgidos “desde abajo” hacia el sector privilegiado de

los especialistas. La estrecha dependencia funcional por parte del gobierno bolchevique respecto de estos *spetsy* no se manifestó únicamente en el aspecto salarial —a mediados de 1925, en la rama metalúrgica, el salario medio de los especialistas de mayor formación era de 5 a 6 veces superior al de un obrero calificado y 10 veces superior al de un obrero no calificado—, sino que se expresó igualmente en el mantenimiento y reproducción de las antiguas diferencias de status en el lugar de trabajo. Todo ello derivó en una canalización del malestar popular respecto de los privilegios sociales en el sentido de un intenso resquemor hacia este estrato acomodado de funcionarios (Krasil’nikov et. al., 2011: t1, 43-44).

En efecto, este fenómeno, conocido como *spetseyedstvo snizu* —“rechazo a los especialistas desde abajo”, distinguiéndose de su equivalente entre la dirigencia bolchevique, el “rechazo a los especialistas desde arriba” o *spetseyedstvo sverju*—, no hizo más que intensificar su peso entre la población obrera, en virtud de las crecientes presiones oficiales por incrementar la productividad del trabajo industrial. En 1926, de conformidad con las ya mencionadas previsiones de racionalización económica para la industrialización, se dispuso que la determinación de normas de producción constituyera el monopolio exclusivo de un departamento especial dentro de cada fábrica, el buró de tasas y normas —*tarifno normirovochnye byuro* o TNB— (Siegelbaum, 1984). Se preveía avanzar con esta medida sobre la discrecionalidad imperante en el ámbito interno de la planta, donde las normas eran fijadas según experiencia, o bien, en virtud de acuerdos informales entre brigadas de trabajadores y capataces. La introducción de estas oficinas de normalización técnica en los talleres suscitó el temor entre grupos de trabajadores ya que preveían que los técnicos aplicarían métodos estrictos de contabilidad que



redundarían negativamente sobre sus salarios (TsGAIPD SPb. F. 9, Op. 1, D. 1482, L. 3). En medida nada desdeñable, los propios militantes comunistas en las fábricas compartían la impresión del resto de sus compañeros no partidarios. “Antes había rechazo al especialista, ahora hay amor por el especialista”¹, decía el obrero comunista Belov de la fábrica Báltico de Leningrado: “nuestras organizaciones no valen nada [...] si los *spetsys* dicen una palabra, es ley para [el director rojo de la fábrica, Korshunov]. No tenemos una dictadura del proletariado, sino una dictadura sobre el proletariado” (TsGAIPD SPB. F. 9, Op. 1, D. 1487, L. 18-19).

3. La crisis del régimen de economización y el “sabotaje” de los especialistas

En sintonía con la línea de racionalización, el Consejo de Comisarios del Pueblo, presidido por Rykov, emitió el 15 de febrero de 1927 una regulación relativa a la contratación de especialistas del extranjero. En consonancia con la convicción partidaria respecto de la necesidad de recurrir a este personal para desarrollar la industrialización, la normativa estipulaba la invitación y eventual contratación de estos especialistas como instructores técnicos en las industrias más complejas, con el fin de consolidar nuevos tipos de producción o mejorar la eficiencia de los ya existentes. A su vez, se encomendaba al Consejo Supremo de Economía Nacional la formulación de medidas tendientes a “garantizar el uso oportuno de especialistas extranjeros y el establecimiento de condiciones para que sean productivos (remuneración adecuada, condiciones de vida apropiadas [...]), establecimiento

de relaciones normales y comerciales con nuestros especialistas)” (GARF. F. R-5446. Op. 3. D. 73. L. 2-3).

No obstante, la respuesta de los trabajadores industriales frente a las medidas de racionalización fue contundente. En junio de 1927, se registraron en numerosas fábricas del ramo textil de las provincias de Moscú, Ivanovo-Voznesensk y Tversk, encendidas protestas ante la pretensión de intensificar la tasa de explotación —se preveía que los obreros pasaran de trabajar de 2 a 3 y 4 telares, y en algunos casos de 8 a 10 y 14—. En una reunión en la fábrica moscovita de Dedovskaya, se escucharon gritos diciendo: “¡Abajo la racionalización, está dirigida a esclavizar a los trabajadores! ¡Las autoridades soviéticas y el Partido engañan a la clase obrera!” (TSA FSB RF. F. 2. Op. 5. D. 385. L. 306).

Del mismo modo, cobraron mayor fuerza las expresiones “anti-especialistas desde abajo”. Así, se incrementaron las denuncias de las prácticas sabotadoras de estos elementos. En las más grandes fábricas de Moscú y de otros distritos, se apoyaron las medidas adoptadas para combatir el “espionaje” y el “sabotaje” —la ejecución de 20 personas—, reclamando incluso el empleo de medios aun más brutales; en los Urales, un obrero de la planta de Kaslinsky declaró:

El Partido Comunista dio demasiado aliento a la Guardia Blanca, que ocupaba puestos de responsabilidad y hacía lo que quería, probablemente haciendo también trabajos clandestinos. Además del Partido debemos matar a todos los Guardias Blancos, sólo así podremos salvar el poder soviético”. (TSA FSB RF. F. 2. Op. 5. D. 385. L. 306)

En la fábrica Krasnoye Znamya la agitación interna se extendió desde junio hasta julio de 1927 debido al descubrimiento de un supuesto acto de

1 Se trata de un juego de palabras, ligando la palabra *spetsyedydstvo* con *lyubov'*, amor: “*ran'she bylo spetsyedydstvo, a teper' spetselyubstvo*”.



sabotaje por parte del subdirector del departamento de bobinas (TsGAIPD SPB., F. 16, Op. 1, D. 8484, L. 20-21).

Los efectos de este cuadro sombrío tendían a intensificarse. Entre enero y febrero de 1928, los distritos industriales fueron sacudidos por huelgas, protestas, reducción de los ritmos de trabajo y demás medidas de fuerza suscitadas por el rechazo de las bases ante un nuevo convenio colectivo que, desde su perspectiva, redundaba en una revisión de las normas y tarifas en términos desfavorables para los obreros. El propio secretario de la célula comunista de la fábrica Permsky Khiboproduct, Babantsev, declaró en una asamblea de la planta:

Mi carga de trabajo es pesada, declaro específicamente que la tarifa de 100 rublos que se me ha asignado es pequeña y no estoy de acuerdo en trabajar por ella, y considero que mi tarifa debería ser fijada en 130 rublos. (GAPO. F. r-122, Op. 3, D. 5, L. 218)

El *spetseyedstvo* no dejó de marcar con su impronta la tónica de los debates en los talleres de producción. En una asamblea de una de las fábricas del trust Poligraf, el obrero Koshkin denunció que, al tiempo que están recortando los precios de los trabajadores y se elevan las tasas de producción, el jefe de contabilidad de la fábrica, Maksimin, recibe 250 rublos al mes: “necesitamos exigir que no corten a los trabajadores, sino a los que reciben grandes salarios” (GAPO. F. r-122, Op. 3, D. 5, L. 218). Los reclamos, a su vez, podían cobrar un curso de mayor radicalización, postulando un sentido “obrerista” como garantía de lealtad ante las posibles traiciones. Este fue el caso en la fábrica de vidrio Bujarin, de la gobernación de Vladimir. El 18 de enero de 1928, una asamblea de 600 obreros de la fábrica, reunida con el fin de discutir los términos del nuevo convenio colectivo, fue

interrumpida por un grupo de trabajadores, entre los que se hallaban miembros del Partido Comunista e incluso integrantes del buró de la célula fabril. Este grupo intentó golpear al presidente del sindicato de trabajadores químicos, llamándolo “traidor a la clase obrera”. El conflicto había comenzado días antes. El 14 de enero muchos trabajadores habían abandonado sus tareas. Algunos de ellos, entre los que se contaban los propios militantes comunistas, agitaron consignas entre los trabajadores con el fin de persuadirlos de que “la administración de la planta debe ser despedida, y la planta debe ser tomada en sus manos al menos por dos meses para eliminar todas las pérdidas” (TSA FSB RF. F. 2, Op. 6, D. 575, L. 7-8).

Estos episodios particulares ponen de relieve que los obreros contaban con un considerable poder de fuego para contrarrestar en el plano local las medidas que implicaran un aumento en la productividad de su trabajo sin una adecuada contraprestación. En consecuencia, su activa participación en los proyectos económicos oficiales exigía la contemplación —aunque no fuera más que en forma parcial, recortada—, de sus exigencias. El giro de buena parte de la dirigencia bolchevique hacia el hostigamiento de los otrora privilegiados especialistas burgueses debe comprenderse a la luz de estas consideraciones.

4. “Incorporar a millones de obreros a la construcción socialista, ésa es la tarea inmediata”

A comienzos de 1928, impulsado por el propio partido que había promovido desde los primeros años del período post-revolucionario la incorporación de los *especialistas burgueses* en la tarea de edificación socialista, se montó el juicio de Shajty, por el cual un grupo de ingenieros y administradores de las minas



de carbón de la región del Donbass fueron acusados de sabotear la economía soviética y de conspirar contra el régimen revolucionario, en virtud de su supuesta vinculación con los antiguos propietarios de las minas. Este cambio de posición de una fracción de la dirigencia partidaria pudo responder a presiones provenientes del plano internacional que, en efecto, agudizaron entre las filas del partido los preexistentes sentimientos de desconfianza respecto de funcionarios técnicos concebidos como ligados, material e ideológicamente, con la clase enemiga. Pudo, asimismo, expresar una ofensiva contra la aparente impermeabilidad opuesta por los diversos escalafones jerárquicos del personal administrativo de las empresas frente a las intervenciones externas de los organismos estatales que pretendían una revisión hacia arriba de las normas de producción (Siegel-baum, 1992: 151). Pero el impulso contra los especialistas no se agotaba en estas consideraciones.

El 8 de marzo de 1928, Stalin, como secretario del comité central del partido, lanzaba un comunicado dirigido a todas las organizaciones partidarias y estatales, informando sobre las “nuevas formas de lucha de la contrarrevolución” en el campo económico. Los agentes de esta ofensiva contrarrevolucionaria eran los antiguos propietarios de las minas junto con sus “amigos antisoviéticos, los especialistas, que luego se convirtieron en los líderes técnicos de nuestras organizaciones económicas y de planificación [y desde allí] se propusieron perturbar sistemáticamente nuestro trabajo de construcción” (AP RF., F. 3, Op, 58, D. 328, L. 11). En la descripción de los “métodos contrarrevolucionarios”, Stalin no se limitó a señalar los daños causados a la infraestructura económica del país –inundación de minas, inutilización de fábricas y máquinas–, sino que remarcó con igual grado de importancia los ataques dirigidos a los obreros en sus ámbitos

de trabajo. Las prácticas de sabotaje incluyeron así el “trato provocador hacia los trabajadores” y “el uso malicioso de las prácticas de racionalización socialista en detrimento de la clase obrera” (AP RF., F. 3, Op, 58, D. 328, L. 11).

Si bien la manifestación más nítida de esta práctica de erosión sistemática de la edificación socialista había sido descubierta en la región de Shajty, “es muy probable que hechos de tal sabotaje también existan en otras ramas de nuestra industria. Baste recordar los incendios provocados organizados en la planta de Sormovo, en Leningrado, en Bryansk, en Bakú, etc.” (AP RF., F. 3, Op, 58, D. 328, L. 11). Por otra parte, los directores comunistas de empresas no debían ser señalados como los principales responsables de estos actos, ya que ellos se habían convertido inadvertidamente “en cautivos de los especialistas burgueses, transformándose en los registradores silenciosos de todos los planes, propuestas y complots de estos maliciosos saboteadores” (AP RF., F. 3, Op, 58, D. 328, L. 11). No obstante, el error de estos directores rojos habría consistido en haber depositado una confianza ciega en unos agentes que, después de todo, representan un elemento ajeno a la clase obrera. La natural “desconfianza comunista” que estos directores de empresa debían mantener frente a los especialistas burgueses, por cierto, no debía degenerar en *spetseyedstvo*. El director comunista debe efectivamente combatir esta desviación, pero, al tiempo que lo hace, subordina políticamente a estos agentes extraños al proletariado y aprende de ellos, “sin olvidar ni por un momento que al final él mismo debe convertirse en el verdadero gestor de este organismo económico y dominar no sólo el aspecto administrativo, sino también el industrial y técnico del trabajo” (AP RF., F. 3, Op, 58, D. 328, L. 11):



El curso del partido debe ser, ahora más que nunca, el de la sustitución de los elementos ajenos a la causa proletaria de entre los especialistas burgueses por especialistas proletarios rojos en el frente de trabajo, tanto en la línea administrativa-organizativa como en la puramente técnica. Para ello, hay que prestar especial atención tanto a la formación rápida de técnicos e ingenieros proletarios a través de las universidades como a la formación técnica de los administradores económicos. (AP RF., F. 3, Op, 58, D. 328, L. 11)

Este llamamiento de Stalin procuraba unir en un discurso cohesionado y armónico los objetivos más amplios de orden sistémico oficialmente perseguidos por la dirección estatal y partidaria —contención de los desbordes disruptivos del *spetseyedstvo*, lucha contra todo factor que conspirase con el desarrollo económico—, con las demandas de las bases obreras —castigo a los abusos de los especialistas, eliminación de la diferenciación social y jerárquica entre estos y los trabajadores en el plano productivo, integración y participación proletaria efectiva en las instancias decisorias centrales—. La inclusión, aunque no fuera más que nominalmente, de estas exigencias procedentes de las bases era concebida como un requisito insoslayable para la consecución de la efectiva movilización del trabajo detrás de los objetivos programáticos partidarios. El documento afirmaba expresamente que la denuncia y procesamiento de los saboteadores procedentes de la burguesía, junto con la promoción de “especialistas proletarios rojos” a los escalafones jerárquicos más elevados tenía como fin principal “incorporar a millones de obreros a la construcción socialista, ésa es la tarea inmediata” (AP RF., F. 3, Op, 58, D. 328, L. 11):

El Comité Central anuncia que el caso Shajty será sometido a juicio, que el proceso tendrá una amplia

trascendencia social y política y que será necesario utilizarlo: a) para involucrar directamente a millones de trabajadores en las obras de construcción socialista, b) estratificar la intelectualidad técnica y asegurar al Soviet el poder de todos los elementos confiables de esta intelectualidad, c) movilizar amplias masas de trabajadores contra los enemigos del poder soviético y los destructores de la construcción socialista, movilizar la atención de todos los comunistas con el fin de proteger nuestras fábricas y minas de los ataques de enemigos de la clase trabajadora, d) eliminar las deficiencias de nuestro trabajo reveladas por el asunto Shajty, finalmente, e) agudizar la atención de todo el partido y la clase trabajadora en materia de desarrollo confiable de cuadros de especialistas rojos. (AP RF., F. 3, Op, 58, D. 328, L. 12)

Los contornos de esta “caracterización negociada” en torno al rol del especialista burgués bajo un régimen proletario se proyectaron igualmente en las intervenciones de los propios acusados en el juicio de Shajty. El 21 de abril de 1928, uno de los imputados, Kazarinov, ofrecía su testimonio ante el tribunal “sobre el remordimiento por participar en las actividades de una organización de sabotaje”. En su alegato, luego de identificarse como “traidor, espía, sobornador y ladrón”, señalaba que durante los nueve años en que prestó sus servicios como especialista:

necesitaba ser honesto y seguir inquebrantablemente el camino que había elegido [...] para ganar mi confianza y mi derecho a existir y trabajar en un país proletario, ya que tanto mis orígenes como mi anterior condición son precedentes para la sospecha y la desconfianza. (Krasil'nikov et. al., 2011: t2, 306)

Kazarinov “reconocía” que, pese a haber



sido incorporado a un ámbito proletario, signado por una nueva cultura, no logró deshacerse del “viejo burgués” que aún anidaba en él y acabó uniéndose a una organización de conspiradores en 1925. Significativamente, como factor que debía servir en su defensa, declaró que había renunciado voluntariamente a los privilegios y ventajas materiales que le habían sido concedidos (Krasil'nikov et. al., 2011). Una línea similar fue empleada por otro de los imputados, Kalganov, quien alegó en su favor señalando que, mientras que con anterioridad a 1917 había gozado de una condición acomodada, luego de la revolución compartió una posición común con el resto, sin contar con privilegio alguno.

5. Un compromiso provisorio

Entre 1928 y 1933 se siguió una línea de formación de una *intelligentsia* industrial roja, adherida fielmente a los preceptos ideológicos del partido, con el fin de desplazar por esta vía a la vieja y poco confiable cohorte de “especialistas burgueses” heredada de la época zarista (Bailes, 1978: 159-187). Se había producido un giro dramático respecto de la originaria concepción programática del partido en torno a la cuestión de los especialistas. Existía una plena conciencia de este viraje entre los propios cuadros partidarios. La más seria objeción al proyecto provino de Alexei Rykov quien —no casualmente—, se basó en los lineamientos que al respecto había postulado Lenin. En el XVI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, que tuvo lugar entre junio y julio de 1930, Ordzhonikidze señaló en este sentido que, en el marco de los juicios a los ingenieros por el caso Shajty de 1928, Rykov se había opuesto enérgicamente a la línea entonces adoptada por el Comité Central respecto de la creación de sus propios cuadros técnicos:

Recuerdo que vino a una reunión del Politburó, trajo un montón de extractos de los escritos de Vladimir Illich sobre el socialismo y empezó a argumentar que lo que proponíamos no era factible, que Illich había señalado que no podíamos prescindir de los especialistas burgueses, que no podíamos organizar el socialismo por nosotros mismos, etc. (Ordzhonikidze, 1957: 231)

Continuaba argumentando Ordzhonikidze que, en efecto, Lenin había planteado la necesidad de atraer a los especialistas burgueses de modo que, a cambio de una adecuada retribución, contribuyeran a la edificación del socialismo. No obstante, ¿qué debía hacerse si entre ellos conspirase un grupo de “saboteadores contrarrevolucionarios” con el fin de socavar el poder económico soviético?: “¿Vladimir Illich dijo alguna vez que no tocáramos a esa gente? Por supuesto que no” (Ordzhonikidze, 1957: 231).

A su vez, entre la dirigencia existía la conciencia acerca de las implicancias de este cambio de rumbo. En el plenario del comité central del partido celebrado entre el 16 y el 24 de noviembre de 1928, Valerian Kuibyshev, quien por entonces se desempeñaba como director del Consejo Supremo de Economía Nacional, advirtió que los objetivos de racionalización y reducción de costos en la producción eran incompatibles con la persistencia del *spetseyedstvo*. Señalaba en este sentido Kuibyshev que, en virtud de las condiciones imperantes, resultaría imposible prescindir en el corto plazo de los “viejos” especialistas burgueses:

El último pleno del Comité Central adoptó una decisión sobre la organización de la educación técnica superior y la formación de nuevos cuadros de especialistas. Ahora se están tomando medidas para crear [una gran cohorte de cuadros] de



especialistas que provengan de la clase trabajadora y estén relacionados políticamente y cercanos a ella. Pero hasta que no hayamos recibido todo lo que necesitamos en esta línea, debemos poner manos a la obra y utilizar especialistas realmente antiguos. (Danilov et al., t 1 2000: 37)

Pero estos señalamientos no eran los únicos indicadores de la carencia de bases sólidas que sustentaran el proyecto. Aun cuando el partido impulsara un proyecto que recogía demandas procedentes de los talleres de las plantas industriales, no lograba concitar la necesaria colaboración de las bases obreras para incrementar la productividad del trabajo industrial. Esta *autonomía relativa* de los obreros fabriles, condicionando su apoyo efectivo a los proyectos oficiales, seguía siendo el punto clave en el debate entre la dirigencia partidaria. En el marco de la onceava sesión del plenario que el Comité Central del Partido Comunista celebró el 10 de julio de 1928, Molotov remarcó que el fortalecimiento del Estado que garantiza el dominio político del proletariado como clase —y, con ello, la propia “causa de la construcción del socialismo”—, descansa sobre la disposición de los obreros a comprometerse en la “elevación de la productividad laboral y en la mejora de la intensidad de su trabajo”. A la entusiasta alocución de Molotov contestó escuetamente Rykov que sí se observaba la mayor intensidad impuesta al trabajador, pero que ello no se expresaba en una mayor productividad (Danilov et al., 2000, t 2: 397-398).

La dirigencia bolchevique dependía considerablemente de la agitación comunista desarrollada por las células del partido en las fábricas. Pero estas a menudo se mostraban incapaces de preparar el terreno para una adopción consensuada de los objetivos de elevación de la productividad, cuando no eran sus propios miembros quienes encabezaban los reclamos locales de los obreros no

partidarios (Kokosalakis, 2017). La fuerte dependencia del partido respecto de las tareas de *educación política* de los miembros de las células comunistas en las fábricas entre sus compañeros de trabajo evidencia el reconocimiento implícito de la existencia de una brecha entre la dirigencia bolchevique y las condiciones propias de la vida interna del taller. Esta exterioridad explica en buena medida la dificultad de obtener directamente la aquiescencia de unas bases poderosamente cohesionadas en el plano local, y la consiguiente necesidad de tender puentes recurriendo a formas negociadas de consenso.

Por otra parte, en el ámbito industrial, los propios obreros exteriorizaban su rechazo a la línea de racionalización de la producción a sus expensas. Al año siguiente de los juicios de Shajty se ensayó una nueva ofensiva productivista. En mayo de 1929, una resolución del Comité Central dispuso que “la idea leninista” de organizar la competencia sobre una base socialista debía efectivizarse, involucrando en esta práctica fábricas, minas, empresas de transporte, con el fin de “reducir costos, aumentar la productividad del trabajo y fortalecer la disciplina laboral”. Concretamente, se exhortaba a que los trabajadores de cada planta o taller, a través de acuerdos voluntarios, entablasen competencias colectivas en virtud de las cuales se lograra el “cumplimiento y la superación de los planes financieros industriales”, así como el “cumplimiento y superación de las normas” previstas para cada tarea laboral (RGASPI. F. 17, Op. 3, D. 739, L. 14-15).

Las manifestaciones típicas frente a ello denunciaban el desequilibrio entre cada vez mayores exigencias de elevación de la productividad del trabajo y las decrecientes posibilidades de consumo, tanto por la caída salarial como por la baja calidad y cantidad de bienes. Así, durante los primeros meses de 1930, una revisión en las tarifas y



normas de producción de una planta productora de maquinaria —que implicaría una reducción de entre 5 y 21% del salario real en varios talleres—, suscitó el conflicto entre los obreros y la dirección. Debido a estas condiciones, entre marzo y abril abandonaron su puesto cerca de 400 operarios, de los cuales 132 eran obreros calificados. Quienes permanecieron manifestaban su descontento con expresiones del siguiente tenor: “las tarifas son rígidas, mientras que los precios de los alimentos suben”; “no hay nada, ni carne, ni comida”; “te hacen competir y aumentar la productividad, pero vaya competencia, si cuando vas a casa no tienes nada que comer” (TSA FSB F. 2, Op. 8, D. 655, L. 385-387).

El mismo desengaño se evidencia respecto de la lucha contra los saboteadores. El rechazo a los especialistas era en efecto un sentimiento intenso entre las bases obreras. No obstante, su agitación partidaria no siempre lograba desviar la atención de las dificultades más acuciantes. Así, durante septiembre de 1930, entre manifestaciones de aprobación hacia la tarea de la policía política por descubrir y arrestar a las “bandas de saboteadores”, se alzaban voces entre los obreros advirtiendo el carácter encubridor de estas maniobras: “aunque la OGPU revela organizaciones de sabotaje, no tenemos nada”; “los comunistas difundieron el ‘rumor’ de que se había descubierto una organización de sabotaje contrarrevolucionaria porque no tienen justificación ante las masas trabajadoras”; “este es otro engaño de nuestros gobernantes para ocultar las deficiencias y la incapacidad de gobernar el país” (TSA FSB F. 2, Op. 8, D. 658, L. 80-84).

Los obreros eran conscientes de su poder de resistencia local y desplegaban esta capacidad en respuesta a los proyectos oficiales que redundaban en una intensificación en el grado de su explotación. Aquí se halla el factor estructural que determina en

última instancia la recurrencia de los mecanismos de búsqueda de consenso fundados en concepciones negociadas entre bases y dirigencia. Del mismo modo, la efectividad de las medidas de resistencia opuestas durante este período por los obreros en los talleres fabriles frente a todo ataque a sus intereses económicos explica el carácter endeble, provisorio, de estos compromisos.

Conclusión

Las paupérrimas condiciones de trabajo y de vida fueron una constante a lo largo del período estudiado. No obstante, ello no impidió que los trabajadores fabriles, en virtud de su relativo poder de negociación dentro del ámbito del taller, estuvieran en condiciones de imponer, con sus demandas, un sello propio tanto en la retórica como en el diseño de las campañas del partido. Consecuentemente, los obreros no se habrían limitado a “hablar bolchevique”, sino que habrían intervenido en la formación de los términos de este lenguaje. Los estratos dirigentes de las organizaciones comunistas eran plenamente conscientes de la capacidad de los obreros para oponer resistencia a las medidas conducentes a incrementar el grado de explotación del trabajo. Asimismo, veían con preocupación la extensión del influjo de este poder local sobre los mismos militantes de base que integraban las células fabriles. Después de todo, estos últimos se hallaban sometidos a las mismas condiciones de trabajo que sus pares no partidarios. Subyacía igualmente, en este reconocimiento de la capacidad de resistencia, la convicción acerca de la inevitabilidad de la negociación para la movilización del trabajo en torno a los objetivos económicos del partido, práctica que era habitual en el ámbito fabril entre las décadas de 1920 y 1930.



El análisis de la evolución de las definiciones programáticas en torno a los especialistas burgueses procuró poner de relieve esta dinámica. Se requiere profundizar la investigación. De todas formas, creemos que la lógica de desenvolvimiento que aquí sugerimos ofrece una línea de estudio plausible para ello. En este sentido, pueden inscribirse bajo esta misma óptica fenómenos resonantes del estalinismo temprano como la pretensión de implementar una comercialización soviética de modo de gestar las condiciones para un consumo de masas, o bien el propio movimiento estajanovista, con su característica exaltación de la capacidad innovadora del obrero de base en desmedro del *conservadurismo* de ingenieros y técnicos. Igualmente promisorias resultan las mencionadas perspectivas acerca de la poderosa cohesión interna de los colectivos obreros a raíz de su inserción en las emergentes urbes industriales rusas de fines del siglo XIX y comienzos del XX, así como su diferenciación respecto de la intelectualidad revolucionaria. Estas observaciones indican que las dinámicas subyacentes al proceso post-revolucionario en Rusia se nutren de fuerzas históricas de largo alcance.

Referencias bibliográficas

- ALLEN, Barbara C. (2015). *Alexander Shlyapnikov, 1885-1937. Life of an old Bol-shevik*. Leiden, The Netherlands: Koninklijke Brill nv.
- AP RF., F. 3, Op. 58, D. 328, L. 11-12.
- BAILES, Kendall (1978). *Technology and Society under Lenin and Stalin. Origins of the Soviet Technical Intelligentsia, 1917-1941*. New Jersey: Princeton University Press.
- BARBER, Johnny DAVIES, Robert W. (1994). "Employment and industrial labor". En: DAVIES, R. W.; HARRISON, M.; WHEATCROFT, S. G. (eds.). *The economic transformation of the Soviet Union, 1913-1945*. Londres: Cambridge University Press, pp. 81-105.
- BONNELL, Victoria E. (1983a). *Roots of Rebellion: Workers' Politics and Organizati-ons in St. Petersburg and Moscow, 1900-1914*. Berkeley: University of Cali-fornia Press.
- BONNELL, Victoria E. (1983b) *The Russian Worker. Life and Labor under the Tsarist Regime*. Berkeley: University of California Press.
- BROVKIN, Vladimir (1998). *Russia after Lenin. Politics, culture and society*. Londres: Routledge.
- CA FSB RF F. 2, Op. 4, D. 439, L. 219-257.
- DANILOV, Viktor Petrovich [et al.] (2000). *Kak lomali NEP. Stenogrammy plenumov TsK VKP(b) 1928-1929 gg*. Tomos 1 a 5. Moscú: Mezhdunarodnyy Fond "De-mokratiya".
- DOUDS, Lara (2018). *Inside Lenin's Government. Ideology, Power and Practice in the Early Soviet State*. Londres: Bloomsbury Publishing Plc.
- FITZPATRICK, Sheila. (1988). "The Bolsheviks' Dilemma: Class, Culture, and Politics in the Early Soviet Years". En: *Slavic Review*, Vol. 47, Nro. 4, pp. 599-613.
- GAPO. F. r-122, Op. 3, D. 5, L. 208-211, 217-219.
- GARF. F. R-5446. Op. 3. D. 73. L. 2-3.
- HATCH, John (1992). "The Politics of Industrial Efficiency during NEP: the 1926 rezhim ekonomii campaign in Moscow". En: WHITE, Stephen (ed). *New Di-rections in Soviet History*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 113-124.
- KOENKER, Diane (1996). "Factory Tales: Narratives of Industrial Relations in the Transition to Nep". En: *The Russian Review*, Vol. 10, Nro. 3, pp. 384-411.
- KOKOSALAKIS, Yiannis (2017). *Communist Party*



- in Soviet society: communist rank-and-file activism in Leningrad, 1926-1941*. Edimburgo: University of Edinburg.
- KOTKIN, Stephen (1995). *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*. Berkeley: University of California Press.
- KRASIL'NIKOV, Sergey A. [et. al.]. (2011). *Shakhtinskiy protsess 1928 g.: podgotovka, provedeniye, itogi*, en 2 tomos. Moscú: Politicheskaya entsiklopediya.
- LENIN, Vladimir I. (1958). "¿Cómo organizar la emulación?". En: LENIN, Vladimir I. *Obras Completas*, Tomo XXVI. Buenos Aires: Editorial Cartago, pp. 387-396.
- LENIN, Vladimir I. (1960a). "Las tareas inmediatas del poder soviético". En: LENIN, Vladimir I. *Obras Completas*, Tomo XXVII. Buenos Aires: Cartago, pp. 231-272.
- LENIN, Vladimir I. (1960b). "El papel y las tareas de los sindicatos en la Nueva Política Económica". En: LENIN, Vladimir I. *Obras completas*, Tomo XXXIII. Buenos Aires: Editorial Cartago, pp. 167-178.
- LENIN, Vladimir I. (1960c). "Sobre la cooperación". En: LENIN, Vladimir I., *Obras completas*, Tomo XXXIII. Buenos Aires: Editorial Cartago, pp. 430-437.
- ORDZHONIKIDZE, Grigory K. (1957). *Stat'i i rechi*, t. 2. Moscú.
- ORLOVSKY, Daniel (1989). "State Building in the Civil War Era: The Role of Lower-Middle Strata". En: KOENKER, Diane; ROSENBERG, William & SUNY, Ronald (eds.). *Party, State, and Society in the Russian Civil War. Explorations in Social History*. Bloomington: Indiana University Press, pp. 180-209.
- PIRANI, Simon (2006). "The party elite, the industrial managers and the cells: Early stages in the formation of the Soviet ruling class in Moscow, 1922-23". En: *Revolutionary Russia*, Vol. 2, Nro. 19, pp. 197-228.
- RGASPI., F. 17, Op. 3, D. 578, L. 4-9.
- RGASPI., F. 17, Op. 163, D. 690.
- RGASPI. F. 17, Op. 3, D. 739, L. 14-15.
- RGASPI., F. 558, Op. 11, D. 819, L. 13-20.
- ROSENBERG, William (1978). "Workers and Workers' Control in the Russian Revolution". En: *History Workshop Journal*, Vol. 5, Nro. 1, pp. 89-97. <https://doi.org/10.1093/hwj/5.1.89>
- RTsJIDNI., f. 17. Op. 2. D. 220. L. 8-9, 12, 15-20, 27, 30-34, 42-48, 54-57, 63-69, 79, 81 82, 88-90, 95-98, 104-105, 107-112, 119, 122.
- SIEGELBAUM, Lewis H. (1984). "Soviet Norm Determination in Theory and Practice, 1917-1941". En: *Soviet Studies*, Vol. 36, Nro. 1, pp. 45-68. <https://doi.org/10.1080/09668138408411513>
- SIEGELBAUM, Lewis H. (1992). "Masters of the Shop Floor: Foremen and Soviet Industrialisation". En: LAMPERT, Nick & RITTERSPORN, Gabor T. (eds.). *Stalinism: Its Nature and After-math*. Londres: The Macmillan Press, pp. 127-156.
- STEINBERG, Mark D. (2002). *Proletarian Imagination. Self, Modernity, and the Sacred in Russia, 1910-1925*. New York: Cornell University Press.
- STRAUS, Kenneth (1997). *Factory and Community in Stalin's Russia. The Making of an Industrial Working Class*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press.
- TSA FSB RF. F. 2. Op. 5. D. 385. L. 303-361.
- TSA FSB RF. F. 2, Op. 6, D. 575, L. 1-58.
- TSA FSB F. 2. Op. 8. D. 655. L. 385-389.
- TSA FSB F. 2. Op. 8. D. 658. L. 80-84.
- TsGAIPD SPB. F. 9, Op. 1, D. 1482, L. 1-4.
- TsGAIPD SPB. F. 9, Op. 1, D. 1487, L. 18-19.
- TsGAIPD SPB., F. 16, Op. 1, D. 8484, L. 20-21.



WILDMAN, Allan K. (1967). *Making of a Workers' Revolution. Russian Social-Democracy, 1891-1903*. Chicago: University of Chicago Press.

ZELNIK, Reginald E. (ed.). (1998). *Workers, and Intelligentsia in Late Imperial Russia: Realities, Representations, Reflections*. Berkeley: University of California.

Fecha de recepción: 26 de mayo de 2022.

Fecha de aceptación: 19 de junio de 2022.